

La bicicleta escondida

ALIEX TRUJILLO

Profesor de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Básicas

Siempre estuvo en la casa, como un fantasma de la resistencia. Por supuesto, nadie la veía. Cada día montaba en la salida a uno de los integrantes de la familia. Se metía entre las piernas y entre los dedos sudorosos de las manos. Se metía entre los pasos del padre o la abuela, de la más pequeña, del más viejo y ponía los pedales debajo del calzado para que moviera sus ruedas. Aunque nadie de la familia notaba la bicicleta, por aquello de las propiedades del ectoplasma y por la diferencia de los planos espacio-temporales. Pero, en ciertos días, había algo como una gravedad distinta, circular en el camino, inevitablemente alegre, batiendo la emulsión de los días. Se sentía esa gravedad en algún miembro de la familia, que después contaba y todos asentían.

—A veces, cuando camino, me parece que floto.

Al final del día, la bicicleta, a escondidas, traía el aire fresco con que en la familia habitaban juntos. Después volvía a su refugio; total, si nadie la veía.

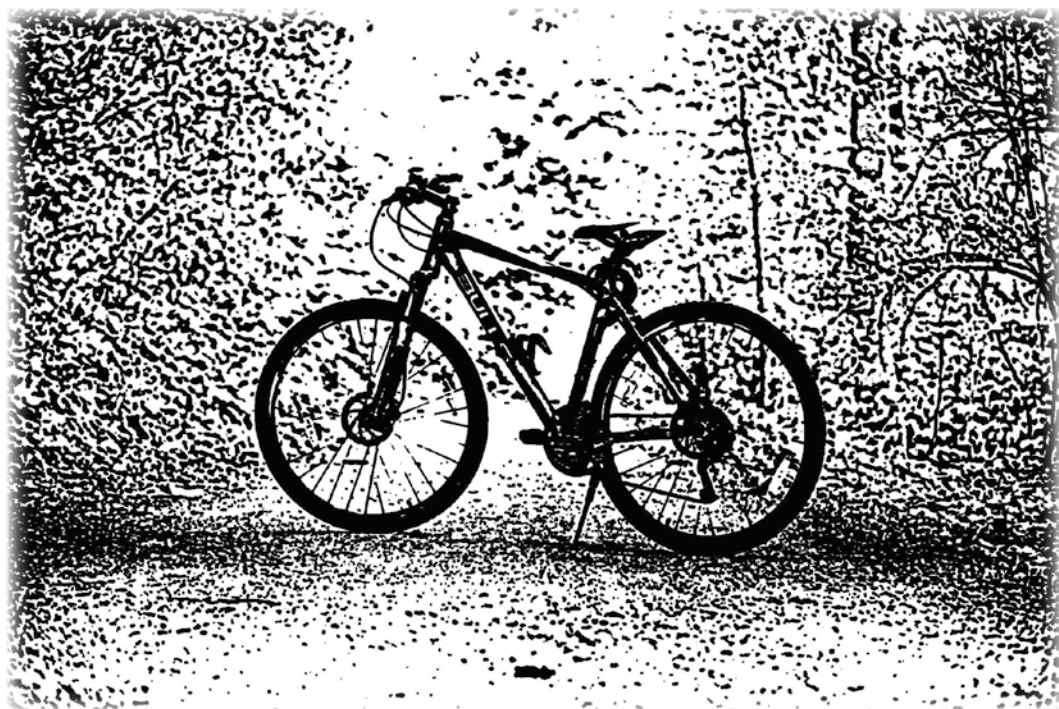
La bicicleta, una línea

La línea se arrastra por el contorno de una bicicleta que rueda. Parte del contacto de la rueda trasera con la calle sube por la rueda más rápida que la rodada. Sube por la caña del sillín. Llega a las nalgas sobrantes de la ciclista, sube por la espalda instantánea hacia el cuello y la cabeza. La cabeza en el contorno de un casco plástico blanco. Baja

por la cara, se pliega en la nariz. Fluye la línea por el cortante filo de la boca. Desciende por la barbilla elástica, por la parte delantera del cuello, entre las clavículas hacia los pechos. Entre los pechos, la línea se demora un poco, sigue por el ombligo. La entrepierna retiene un poco a la línea con ciertas dificultades. Ahora es la punta del sillín y la caña hacia el marco de la bicicleta las que retienen la línea. La línea avanza hacia el manubrio, desciende por el tenedor hacia el contorno de la rueda delantera, llega a la calle y toma impulso para subir por los tubos inferiores del marco de la bicicleta. La línea pasa por los pedales, de ahí retrocede por un tubo horizontal y por él llega al resto del contorno de la rueda trasera, desconocida por la línea. Llega al punto de contacto con la calle y desaparece. En el camino de regreso a la bicicleta, vuelve y aparece; se despegas del asfalto para insistir en los detalles interiores de toda la silueta, aquí y allá, los rayos, las manzanas, los accesorios, los ojos, los pezones y el resto de la lengua.

Bicicleta, punto por punto

En la ciudad, subiendo por el barrio viejo, va un punto de esos que no tiene dimensión euclidiana. El punto salta siempre igual, no importa a la velocidad que vaya la bicicleta con el ciclista. Las bicicletas son lentas cuando suben; los ciclistas también. El salto, que siempre es igual, tiene nombre



desde hace muchísimo tiempo: cicloide, la Helena de los geómetras.

La ciudad vieja es más lenta y postula más oxígeno, porque arriba de la ciudad vieja están ya los bosques, el aire es más limpio, más grande la concentración del gas en las ideas. El punto fue entonces más nítido y, seguido por todos los otros puntos, afirmó su lugar geométrico. El punto que salta se convierte en una curva de parámetros, cartesiana o intrínseca, no se sabe con certeza.

El ciclista monta una ilusión que, cuando llega a la superficie de asfalto, se detiene lo suficiente para no retroceder y vuelve y sube, siempre hacia delante. Así rueda la bicicleta, punto por punto.

Cuántica del Hidalgo

Si la noción cuántica del mundo no está equivocada, podemos ver apenas lo que podamos comprender. Los aborígenes de acá, la primera vez que las miraron, no vieron ni las naos de barlovento, ni los animales de

ancestros beduinos. Lo mismo ocurrió en el allá del orbe.

Los campesinos de la región de Campo de Criptana y un forastero que por ahí regresaba tampoco vieron al Hidalgo montando en lo que de veras era.

El Hidalgo en el zoco había adquirido, para calmar su vicio, un cofre moro con viejos pergaminos. Eran copias árabes de los bocetos de un maestro florentino que vivió antes, casi veinte lustros.

Son desconocidas, por la invención moderna del relato, las secretas destrezas y ocupaciones del Hidalgo con los hierros y las maderas, con la forja y el cepillo. Alumno aventajado fue de los monjes errantes que todo lo sabían de ambos oficios; se ayudó de los maestros de Al-Mansha.

Ese día, por las tierras sin agua, el Hidalgo arremetió contra los molinos ingeniosos, montado en el ingenioso truco con ruedas del florentino polímata. Todo perro perseguiría al esperpento desde ahí hasta los días de todas las generaciones, como lo hizo el galgo aquel día. Aprovechó una

cuesta y programó (todavía no se llamaba así lo que hizo) su dirección, una mano en el manubrio y la otra apuntando con la lanza, tanto a la injusticia misma como a las venideras. Los testigos, gente de cosas simples, y el forastero, afectado por la guerra, por aquello de la noción cuántica, vieron en el pedaleo del Don un picar con espuelas en el costillar de un rucio lamentable. Tampoco vieron ninguna de estas dos clases de gente que el escudero del Hidalgo montaba en lo que se llamaría un velocípedo.

La bicicleta por letras

Lo primero que consiguió fueron las ces, las dos. Las compró baratas en un mercado de viejo. En cuanto las vio, dijo que se le había ocurrido una idea. Después, con más dificultad, compró las dos íes. Durante mucho tiempo estuvo parte de la palabra, semiarmada, en el garaje. Las dos ces es-

taban unidas a las dos íes y estas, a su vez, estaban unidas a un soporte. Un amigo le trajo de un viaje al extranjero una be nueva, que atornilló a una de la íes.

Porque era un hombre de suerte, encontró en el patio de un pariente todas las letras que le faltaban. Debajo de un árbol y apuntalada con piedras estaba toda una letra, un poco oxidada; pero, de todas maneras, había dicho que quería la bicicleta pintada de amarillo mango. Le dio lija en el garaje a toda la palabra, letra por letra. Pintó las íes y la be, cromó las ces, la ele y la te. Le aplicó silicona a la a. Ajustó, calibró, alineó, lubricó y salió a la calle a probar la bicicleta recién restaurada. Parece que funcionó bien. La be lucía mayúscula.

La bicicleta

Cuando despertó, una de las ruedas aún giraba. ■■■